

Los Significados de la Economía*

Eliezer Morales Aragón

El objetivo más general de esta exposición reside en plantear ante un auditorio no especializado, primero, que la economía es un esfuerzo reflexivo que trata de expresar organizadamente una parte relevante de la vida social: la forma en que el género humano se ha organizado para allegarse los medios necesarios con los que satisface sus requerimientos de supervivencia. En términos coloquiales se trata de los esfuerzos que debemos desarrollar para obtener casa, vestido, sustento, preservar o conservar la salud, obtener educación y cultura, deporte y diversión. Esto para decirlo en breve y de modo no exhaustivo.

Existen pensadores que con ideas y brevedad afortunadas, han incursionado en campos analíticos afines a nuestras preocupaciones sobre el sentido y alcances del análisis económico en su expresión más vasta. Entre los intelectuales que se han ocupado de la materia haremos mención, sólo a partir de la brevedad y sin pretender otra cosa, a Leo Huberman quien nos habla de los bienes terrenales del hombre y Karl Polanyi quien se refiere al sustento del hombre. Otros varios designan a la disciplina como la “ciencia lúgubre” para implicar que se trata de un estudio poco elegante, terreno e inmerso, finalmente, en el análisis de cosas prosaicas, plebeyas, no plenas de distinción. Todo esto es verdad; pero también pocos serían capaces de negarle a la economía, como actividad y como disciplina analítica su relevancia y su carácter imperativo.

El segundo elemento a destacar, seguramente paradójico, es la gran variedad de enfoques que los grandes pensadores de la economía han dado a sus reflexiones. De este hecho han surgido sendas definiciones que se han tornado en partos o vertientes fundadoras de continentes explicativos de las verdades esenciales de la vida económica. Todos han formulado muy sesudos y prolijos vericuetos reflexivos que pueden ser coincidentes con otros en mayor o menor medida, pero que en muchas ocasiones no son campos o áreas de encuentro sino de franca competencia ideológica, intelectual y política. En otras palabras, es hora de afirmar que no existe una sola definición de economía sino varias o, hasta muchas, y uno de los propósitos de hacer una exposición de los significados de la economía reside en plantear alguna versión sobre las diferentes ópticas que puede haber. Aunque es útil señalar que no se trata de ningún resumen o visión totalizadora de nada.

Dentro de la amplia gama que es observable en el ámbito de las escuelas de pensamiento académico vigentes vamos a seleccionar tres de ellas que, por su relevancia resultan destacables. Debe aclararse que esta selección nace del sesgo personal y es por tanto discrecional, por lo que no debe asumirse que se trata de una exposición exhaustiva, que por lo demás, no podría serlo. El propósito que se cubre es el de presentar un ejemplo que resulte ilustrativo.

* Conferencia impartida en agosto 23 de 2005 a los estudiantes de primer ingreso, Facultad de Economía, Auditorio Narciso Bassols.

La historia como enseñanza

Para el caso se ha realizado una selección de vertientes y autores para trazar este esbozo. El primer haz se halla integrado por autores que, de acuerdo con nuestra opinión, pueden agruparse dentro de la vertiente histórico-evolutiva, de acuerdo con una designación tomada de Robert Heilbroner. Aunque el análisis socio histórico, propiamente dicho ha sido utilizado con mucha profusión y agregaríamos provecho, a lo largo del tiempo es indudable y necesario señalar que un esfuerzo señero totalmente destacable fue realizado, en su momento, por Karl Marx.

Este pensador ha pasado a la historia como el gran diseccionador del sistema capitalista y, salvo error, es él precisamente el primero que lo designa como capitalismo. El mundo de Marx, al revés de lo que planteó Adam Smith en el último cuarto del siglo XVIII no es, ni con mucho, lo armonioso que este último pensador describió. O sea, no es precisamente la cooperación y la búsqueda que el interés individual es el que logra el máximo beneficio y felicidad posibles para la comunidad y la sociedad en general. Por el contrario, Marx describe a la sociedad capitalista como surcada por una multitud de divergencias las cuales están expresadas, básicamente, por los poseedores de los medios de producción y los que carecen de ellos.

Las clases sociales, por cierto, ya habían sido consideradas por pensadores anteriores, pero nadie había otorgado al antagonismo entre ellas el papel central: Marx considera que se trata, ni mas ni menos que el motor de la historia. Se puede decir que esto significa que la fuerza que impulsa a la sociedad y también la que tiene la capacidad de alterar o modificar su curso es la pugna o la lucha de las clases sociales y corresponde a la clase trabajadora el papel fundamental en lo social y lo político.

Se puede decir que pocos pensadores, como Marx, han sido tan claramente elogiosos del papel revolucionario que históricamente corresponde al capitalismo. Aun ahora, mas de 150 años después del Manifiesto Comunista los ecos de la marcha triunfal capitalista orquestada por Marx conservan un indudable eco de actualidad. Sin embargo, este profeta no pasa a la historia como epígono del capitalismo cosa que probablemente pudo haber sucedido, sino por asumir una prédica en la cual la fuerza de los trabajadores, finalmente será capaz de destruir a este sistema. La obra monumental marxista es mas bien conocida y asumida por los revolucionarios que tienen como propósito fundamental destruir el sistema y sustituirlo por una sociedad sin clases sociales.

Hasta aquí esta parte, por demás mínima, de un pensamiento de una magnitud considerable que, pese a las actas de defunción extendidas una y otra vez, aparenta poseer un vigor del que todavía es posible recibir sorpresas. Seguramente es posible referirse a las tesis propiamente económicas de Marx, ya que, como es sabido, existe una veta analítica muy profunda que puede ser aceptada o combatida pero nunca ignorada. O sea, se trata de tesis controversiales ya que todo el pensamiento Marxista se encuentra cruzado por esa fuerza histórica de la clase trabajadora que hace que cualquier examen se transforme, a fin de cuentas, en algo premonitorio que siempre anuncia el fin del capitalismo. Pocas cosas están tan encontradas en el pensamiento de Marx como ese otro, tan reciente y falible de Francis Fukuyama en su obra *El Fin de la Historia*. Pero esa es efectivamente, otra historia.

Ya se ha señalado que el análisis social cuenta, literalmente, con una constelación de pensadores que tapizan el tiempo con reflexiones sobre el capitalismo de muy distinta laya. Es posible mencionar de entre esos muchos a Leo Huberman con sus *Bienes Terrenales del Hombre*, a Kart Polanyi con su obra toda pero, destacadamente, debe hacerse mención a *La Gran Transformación y El Sustento del Hombre*. Por último, en esta mención por demás injusta, por menguada, es de citar a Fernand Braudel, historiador eminente de la vida económica, cuya acuciosa y diríamos quisquillosa inquisición sobre la vida cotidiana lo lleva a una afirmación lapidaria: “es evidente, que la economía, en sí misma, no existe”. En realidad lo que este autor intenta no es desconocer el peso de lo económico, del hecho económico, sino la imposibilidad que percibe en tratar de separar a la vida económica de otras formas de expresión social ya que las pulsiones económicas humanas no son en su opinión discernibles dentro del entreverado de la vida colectiva. Este pensador, la magnitud de su obra, cimera como pocas, debe necesariamente formar parte de ese panteón ilustre del devenir social, particularmente de la historia capitalista.

El tercer analista, este sí, proclamadamente economista, es Robert L Heilbroner quien, contrariamente a Braudel presenta el análisis económico como una disección del sistema capitalista, pero encuentra los mecanismos para desarrollar, particularmente en su texto *Economía* suscrito al alimón con Lester C. Thurow, una suerte de planteamiento híbrido o si se quiere, ecléctico, que no prescinde de reconocer los valores analíticos de la llamada “main stream” o sea, de la corriente fundamental del análisis económico contemporáneo. Heilbroner expone una y otra vez a lo largo de su obra, las distintas fases de la evolución socioeconómica la cual se encuentra pivotada por la aparición de la sociedad de mercado esencialmente, como resultado de un proceso histórico.

El resultado es, efectivamente el surgimiento del sistema capitalista pero ello no exime a este pensador de utilizar todos los mecanismos de análisis convencionales para explicarlo. En conclusión, la ortodoxia del razonamiento histórico pudiera no considerar totalmente válido el pensamiento de Heilbroner, pero no cabe duda que su análisis, propiamente “moderno”, expresa vertientes que resultan muy útiles para aquellos que intentan reconocer al capitalismo como un fenómeno contemporáneo y buscan la utilización de los métodos convencionales, normalmente usuales, ubicados en la llamada “caja de herramientas” a la que se refería la ilustre economista de Cambridge, Joan Robinson. En suma se trata de entender la historia, a partir de su evolución y su desemboque no definitivo en el capitalismo y, al mismo tiempo, echar mano del herramental que aporta sobre todo la teoría de los precios y de la producción para entender mejor el comportamiento del mundo económico en el que nos encontramos.

En frase lapidaria, Fernand Braudel, ilustre historiador y erudito francés, afirma: “la economía en sí, es evidente que no existe”. Este pensador, distinguido si los hay, nos asesta este mazazo apenas en la primera página de un texto, mas bien breve, publicado en español, desde hace ahora veinte años por el *Fondo de Cultura Económica* con el título *La dinámica del capitalismo*. Pequeña obra más que recomendable para los curiosos y estudiosos de la economía. Esta sugerencia es totalmente adecuada para los que, como ustedes, se inician ahora en las peripecias del análisis económico. Como quiera que sea, Braudel ubica su categórica afirmación en el contexto de lo que designa como una reflexión “acerca de la vida material y la vida económica”. La óptica braudeliiana demanda, por tanto, un acotamiento que contextualice y, por tanto aclare el

sentido en el cual este autor deshila su concepto y evitar, por consiguiente, que sea tomado como un mero exabrupto lo cual, obviamente, sería indigno de un pensador de su talla. Empecemos.

En el emboque, es necesario clarificar un poco la aseveración de Braudel. Como puede observarse, este autor ubica su afirmación, que pudiera parecernos desmesurada, dentro del ámbito de un análisis sobre “ la vida material y la vida económica”. O sea, su afirmación rotunda se nos ofrece inscrita, por decirlo así, atada a lo terreno, pocas cosas lo pueden ser mas que la materia y, por cierto, la economía. La exposición nos lleva por el rumbo de considerar que la economía como disciplina dista mucho de ser inexistente sino más bien podemos y debemos ubicarla como profundamente entreverada, entramada con la muy compleja cotidianeidad que nos obliga a considerar las tareas de supervivencia del género humano como parte de una realidad.

Mas claro, cuando Braudel habla de que la economía, por sí misma no existe, no es que dude o intente desconocer a la actividad económica sino que expresa su escepticismo por el intento de entenderla como una actividad humana que se encuentra separada de las demás. La enorme cantidad de información que genera la eterna búsqueda del hombre en la procura de su sustento, para allegarse los medios materiales que le permitan edificar una vida cultural e incrementar y transformar su horizonte intelectual hace que nuestro autor no sea partidario de tratar de entenderla de manera separada sino, por el contrario como parte de un conjunto de acciones que no pueden ser separadas la una de la otra sin desnaturalizarlas.

Al iniciar su excursión analítica nos habla, por ejemplo “la llamada historia económica, que se encuentra todavía en proceso de construcción, tropieza con una serie de prejuicios: no es la historia noble”. Enseguida nos indica que en realidad, “la historia económica no deja por ello de plantear todos los problemas... es la historia íntegra de los hombres, contemplada desde cierto punto de vista”... “es a la vez la historia de los que son considerados como sus grandes actores, la historia de los grandes acontecimientos, la historia de la coyuntura y de las crisis y, finalmente, la historia masiva y estructural que evoluciona lentamente a lo largo de amplios periodos”. Por último, en esta parte nos dice que “...una economía de mercado y un capitalismo en expansión que se extienden como una mancha de aceite, se van forjando poco a poco y prefiguran ya este mundo en el que vivimos...”

Lamentablemente, debemos suspender aquí y prescindir del apoyo que nos da este autor. En la sencilla pero, a la vez profunda prosa de Braudel podemos deducir, temerariamente, la enorme validez de sus conceptos. Su riqueza conceptual nos enfrenta a un panorama casi inextricable. Como historiador que es se plantea y así nos lo expone, la enorme dificultad de concebir a la historia económica, pero es perfectamente visible el grado de profundidad al que arriba cuando nos habla de una economía de mercado y un capitalismo en expansión, y podría agregarse en una búsqueda aparentemente eterna de mayor profundidad.

Tal como él lo aclara, su punto de partida es lo cotidiano, “...de aquello que, en la vida, se hace cargo de nosotros sin que ni siquiera nos demos cuenta de ello: la costumbre -mejor dicho, la rutina-- mil ademanes que prosperan y se rematan por si mismos y con respecto a los cuales a nadie le es preciso tomar una decisión, que suceden, sin que seamos plenamente conscientes de ello”. Y concluye “creo que la

humanidad se halla algo más que sumergida en lo cotidiano”. “Innumerables gestos heredados, acumulados confusamente, repetidos de manera infinita hasta nuestros días, nos ayudan a vivir, nos encierran y deciden por nosotros durante toda nuestra existencia”. “...son incitaciones, pulsiones, modelos, formas u obligaciones de actuar que se renuevan a veces, y más a menudo de lo que suponemos a la noche de los tiempos”. “Un pasado multiseccular, muy antiguo y muy vivo, desemboca en el tiempo presente al igual que el Amazonas vierte en el Atlántico la enorme masa de sus turbias aguas”.

Tal como nuestro autor lo señala casi a cada paso, la economía es la vida material en sus múltiples acepciones. Utiliza su capacidad analítica para examinar retrospectivamente las numerosas incidencias en las que ha vivido, a veces de manera bonancible y otras encallando, en un derrotero del cual, él mismo nos previene de sus casi infinitas dificultades. Pero esto es sólo el principio porque Braudel no habla de la economía de la que, ya nos ha dicho, no existe en sí misma, sino de la historia económica. No se hace cargo de ningún método analítico en el sentido en que los teóricos los han formulado, tampoco se impone la tarea que por lo demás algunos consideran inútil o sea la de la predicción. Desde el arranque es nítido en su propósito y sólo intenta presentar una historia o mejor dicho, historias de las civilizaciones. Expresado de este modo, hablar “sólo” de la economía hasta parece poca cosa aunque en realidad no lo sea. Pero se trata del enorme tronco del pensamiento braudeliano que, muy a nuestro pesar, debemos abandonar por ahora.

En la vertiente fundamental en la que se ubica Braudel, una parte muy importante de los estudiosos de la economía expresan su convicción de que el conjunto del análisis económico es, en realidad la revisión del funcionamiento del sistema capitalista. Esta última expresión es necesario aclararla un poco. La connotación de capital y capitalismo fueron acuñadas en lo fundamental por Karl Marx, uno de los pensadores histórico-sociales más vigorosos y con una enorme influencia intelectual e ideológica en los últimos 150 años. Por tratarse de uno de los críticos más incisivos y acervos del sistema económico, político, social y cultural su nombre es asociado a las “peores” teorías, las más perseguibles del pensamiento contemporáneo. Todo esto, dicho en pocas palabras, está perfectamente bien ganado, porque el pensamiento marxista predicó, ni más ni menos, que la guerra de las clases sociales y, como corolario, el fin del capitalismo.

Todo esto para señalar que, aunque a muchos no les guste verlo de esa manera, vivimos en un sistema que, de arranque en lo económico, es de carácter capitalista, lo que significa que el capital y los capitalistas son la cúspide del sistema, son lo principal. Paradójicamente, existen muchos textos sobre análisis económico o, si se quiere, de Teoría Económica, en los que no se hallarán, ni siquiera por mención, expresiones relativas al asunto del capitalismo.

Por todo lo anterior, es interesante la mención de Braudel y Heilbroner sobre el análisis económico y la homonimia que establecen con el capitalismo. En su libro de texto *Economía* escrito por Heilbroner y Thurow, nos dicen “. . . el capitalismo (nuestra sociedad económica occidental) representa un cambio radical en la forma en que la humanidad ha luchado contra sus problemas económicos”. Según estos autores existen elementos importantes que deben ser considerados... tres aspectos del cambio”:

- 1) el surgimiento de la sociedad de mercado; o sistema de libre empresa;
- 2) el desarrollo de una poderosa tecnología industrial, y
- 3) la fijación de límites políticos sobre la maquinaria económica

Y agregan “se trata de hacer pensar al lector sobre el tema de la economía en una forma histórica y evolutiva”.

En una suerte de ratificación gráfica de estas ideas y con imágenes inquietantes la séptima edición en español del texto citado de Heilbroner y Thurow, se presentan a la Economía y a los economistas en un mítico “coloquio” y en una “práctica de lo estudios anatómicos” a una serie de pensadores, algunos de ellos no necesariamente reconocidos como economistas, en una sesión de disección de un cuerpo humano y en el análisis de un esqueleto humano. O sea, esta imagen antropomórfica se observa a una pléyade de talentos en la revisión anatómica en la que participan primero, Adam Smith, Thomas Malthus, David Ricardo, Jeremy Bentham, John Stuart Mill, Francois Marie Charles Fourier, Claude Henri Saint Simon, Auguste Comte, Karl Marx y Joseph Proudhon.

En esa imagen, se encuentran lo mismo algunos de los que se consideran los fundadores de la ciencia económica al parejo con filósofos sociales y utopistas, para decirlo en breve. En la imagen de la “práctica” se identifican en la observación del esqueleto a Thorstein Veblen con el cráneo en pose totalmente hamletiana , y con él a Joseph Schumpeter, John Maynard Keynes y Alfred Marshall. La razón de la mención a la imagen anterior se encuentra en el hecho de que se trata de presentar a la Economía parabólicamente vinculada a un organismo o sea, a un todo en el cual es posible revisar desde muchos puntos de vista y con los ojos, no solo de los economistas, sino desde la óptica de muchos analistas sociales.

Esta visión organicista parecerá, a no dudarlo, poco apropiada a las concepciones que aprecian a la economía como una ciencia que puede ser entendida por sí misma y con patrones de medida claramente mensurables. Es obvio decirlo, el cuerpo humano es, necesariamente mucho mas complejo y, por ello, nuestros autores nos presentan una imagen de complejidad evidente y con el concurso, la participación, de un conjunto de pensadores, ilustres todos ellos, cuyas fronteras de análisis y visión ven mucho mas allá de los fenómenos económicos puros.

Retomando la idea del análisis económico como atinente al del capitalismo y por tanto a la consideración de orden histórico y transitorio se puede proponer un haz de pensadores entre los cuales seleccionamos, no arbitrariamente pero si de manera limitada, a Braudel, Marx y Heilbroner quienes pueden encarnar una forma, también un sesgo para la comprensión del fenómeno económico. Hemos acotado que no se trata, ni con mucho, de los únicos representativos en esta vertiente, pero sí son muy significativos.

La ciencia de la elección

Como parte del despliegue analítico de la corriente dominante del pensamiento económico de nuestros días, se encuentran muchas personalidades, de entre las cuales descuella Robert A. Mundell, laureado con el Premio Nobel de la especialidad. Por ello es significativo traer aquí a colación su prólogo a su obra El hombre y la Economía.

“La economía política es la ciencia de la elección. Comenzó con Aristóteles pero se confundió con la ética durante la Edad Media; Adam Smith la separó de esta y Walras la matematizó. Marshall trató de fijarle límites y Keynes la puso de moda, Robbins la amplió y Samuelson la hizo dinámica, pero la ciencia moderna la volvió estadística e intentó circunscribirla otra vez. Sin embargo, la ciencia no permanece quieta. Fructifica en todos los campos. . Existe una economía del dinero y el comercio, de la producción y el consumo, de la distribución y el desarrollo. También existe una economía del bienestar, las costumbres, el lenguaje, la industria, la música y el arte en general. Una economía de la guerra y una economía del poder. Incluso existe una economía del amor.

La economía parece aplicarse a todo rincón o intersticio de la experiencia humana. Es un aspecto de toda acción consciente. Siempre que se toman decisiones entra a funcionar la ley de la economía. Siempre que existen alternativas la vida cobra un aspecto económico. Nunca ha sido de otro modo. Pero, ¿porqué ha ocurrido así?

Ello puede deberse a que la economía política no es solo la mas desarrollada de las ciencias de control: es una manera de mirar las cosas, un principio ordenador, una parte completa de todo. Es un sistema de pensamiento, un juego de vida, un elemento de conocimiento puro.

Además –como trataremos de demostrar en este libro- es, en muchos aspectos útil.”

En la primera frase de este prólogo: “la economía es la ciencia de la elección”, Mundell, con demoleador laconismo hubiera podido fundar, si hubiera sido el caso, toda una escuela que, de por sí, alcanza magnitudes monumentales, avasalladora por la inmensa autoridad intelectual de la que disfruta en el pensamiento y política económica contemporáneos. Se trata, nada menos, del diseño analítico más poderoso en el ámbito de la habitualmente díscola Academia. Desde luego, este peso trasciende a todo lo que huele o se parece a lo que Mundell designa como Economía Política, lo cual es mucho decir. De este modo se radica en los ambientes gubernamentales y de los negocios, entendidos estos últimos como todo aquello que se refiere a las actividades lucrativas. Esto significa continentes enteros de intereses, visiones económicas y modos de pensar y actuar en la vida, tal como nos lo previene el propio Mundell.

El hecho de que se trate de una definición prácticamente sin acotamientos no lleva, ni con mucho, a lidiar con una disciplina laxa o carente de cotas. Por el contrario, el razonamiento de Mundell, tal como lo expresa en el prólogo, nos lleva a ámbitos típicamente económicos como el dinero, el comercio y, como no, la producción y el consumo, la distribución y el desarrollo. Estos tópicos son todos ellos de estudiosos de la economía que pudieran suscribir estas reflexiones, sin mayor empacho, aunque no sean necesariamente homogéneas con las de este autor.

El hecho es que resulta interesante explorar las líneas de razonamiento que llevan, de afirmar que la economía es la ciencia de la elección, a un diseño lógico conceptual de un enorme rigor interno, que abolió el rubro de economía política que suscribe el propio Mundell y lo transformó en el lenguaje anglosajón en “Economics” y, desde luego, a la Economía del idioma español. Este despojo no es, ni con mucho, arbitrario, antes bien es apenas el primer hito de una larga ruta que llevó el estudio de la disciplina a diseccionar el análisis a partir de la elección: esto supone optar por algo ante la posibilidad de dos o más existentes o disponibles. Desde luego, la opción o elección se da entre una o más necesidades confrontadas con satisfactores escasos. Sobre esto, Mundell nos dice en frase certera y hasta poética: “La elección no es sino el

acto final, el desenlace, donde las fuerzas románticas del deseo se baten contra las fuerzas de la oportunidad”.

Abundemos: la elección es individual y, por ello, subjetiva y no constituye de inicio una dimensión en sí misma. Sin dejar de conocer que la necesidad es personal, de todas formas puede adquirir corporeidad, no en el individuo en sí, sino en el universo en que se ubica. Sobre esto, nuestro autor señala, “La necesidad por ser un estado mental, es un atributo del hombre subjetivo, de esta manera, la economía política tiene uno de sus orígenes en las ciencias psicológicas”. Esto es algo que conocen muy bien los expertos en el análisis del mercado y sobre todo la idea es muy útil en mercadotecnia. Como sea, a partir de la elección ya tenemos necesidades, bienes escasos y opciones que, a partir del dinero, otorgan “votos” o poder a los compradores. “Un bien es algo que afecta directamente al goce”. Se trata de una aseveración de un contenido profundamente hedonista que resulta excelente para dejar totalmente cristalina la intención de Mundell de llevar su afirmación acerca de la elección.

Mas adelante, en esta dinámica de razonamiento tenemos el concepto crucial de la escasez no se trata de una dimensión mensurable en el sentido tradicional del uso del término El punto de partida es el de la sensación de carencia que es algo subjetivo y también la volición o disposición de subsanar esa falta. Mundell nos dice “Hay que distinguir entre el concepto económico de escasez y el hecho físico que los recursos son limitados...” “La escasez no es un atributo de un bien sino reflejo de una situación, la interrelación entre necesidades y recursos”, y ejemplifica: “El agua del océano Atlántico...es limitada pero no escasa; lo mismo ocurre con el aire de la atmósfera”.

Ante las limitaciones existentes en el medio, siempre las hay, surge la escasez y de ahí la necesidad de elegir. Pero las necesidades sentidas por una colectividad o grupo dejan de ser subjetivas y se tornan en algo distinto. Aquí lo personal alcanza la órbita de lo objetivo. Un grupo puede ser numeroso y, de hecho, los productores pujarán porque su magnitud sea muy grande y, con ello, llegue a expresar su voluntad a partir a partir del “voto” monetario. Así, podemos imaginar el universo de los productores enfrascados en la brega de obtener el mayor número de “votos” monetarios posibles. El análisis de este fenómeno es, analíticamente, muy circunstanciado y forma el núcleo de lo que se denomina la “teoría de los precios”.

No le falta la razón a Mundell, la razón cuando sostiene que, en realidad, la economía es la ciencia de la elección. Aunque, a decir verdad esa misma línea de razonamiento nos pudiera llevar, en sus propias palabras a casi cualquiera de los actos del ser humano: el arte, el amor, las costumbres, la música, etc. Una ciencia de la elección que, efectivamente, nos puede llevar a la economía, pero también a muchas otras partes. El último acotamiento a destacar de este pensador concierne al consumo : “...y el consumo es como dijo Adam Smith, fin y propósito únicos detona producción. Sin las necesidades no existirían bases para la elección, fundamentos para las decisiones, propósito para el consumo”. Con esto cerramos estas breves referencias a las ideas de este pensador eminente. Aunque no se ha pretendido acotar su pensamiento “in extenso” se ha tratado de expresar algunos de los puntos mas significativos con los que funda un análisis por demás representativo.

La economía ecológica

La tercera corriente a la que deseamos referirnos se la designa como la “de la economía ecológica”. Se trata de una opción analítica en pleno crecimiento en las últimas décadas. Como es lógico suponerlo, aunque tiene antecedentes relativamente lejanos y personeros tan ilustres como Pigou, distinguido economista de la segunda década del siglo XX, su desarrollo es, repetimos, de reciente data. El punto de partida de esta opción analítica parte de una observación muy simple: la acción del hombre en la naturaleza se ha convertido en algo, cada vez en mayor medida, más contundente; todos los signos del deterioro del medio ambiente se encuentran a la vista, la desaparición de *hábitats*, y con ellos la extinción de innumerables especies animales y vegetales. Hoy se registra por ejemplo, la pérdida relativamente reciente, de especies animales carismáticas, victimadas en muchos casos no tanto por las necesidades humanas en sí, sino por pura ignorancia y por la persecución de lucro y en ocasiones, por mera actividad lúdica.

En realidad la humanidad registra tres movimientos fundamentales que han incidido sobre el medio ambiente y los recursos naturales; el primero de ellos se refiere a la proliferación en los últimos dos siglos del género humano, el cual de ubicado en cifras relativamente modestas para la biosfera, se tornó en magnitudes que elevan la cifra de los pobladores de la Tierra a más de 6 mil millones. La segunda hoja de esta tijera se expresa en el incremento exponencial de la capacidad tecnológica del hombre que ha potenciado su impacto sobre el medio, entendido esto último como el conjunto de condiciones físicas en las que se desarrolla el género humano.

El tercer elemento a considerar atañe a las capacidades bióticas, fondos naturales no renovables, vetas, mantos, yacimientos e, inclusive a las características geológicas de la corteza terrestre. No podemos olvidar de ninguna manera los resultados de la presencia humana sobre las distintas condiciones de funcionamiento del mar y otros muchos cuerpos de agua de los que se sirve el hombre para satisfacer sus necesidades y, lo que resulta mas importante, los efectos de su utilización a escala comercial e industrial. Obviamente, no pueden dejar de mencionarse los efectos dañinos que, particularmente, el desarrollo industrial, ha inflingido a la atmósfera. Además de la contaminación atmosférica localizada en muchos de los centros urbanos, se encuentran las emisiones de CO₂ que son más generales y se han convertido en el agente que incide en el deterioro de la capa de ozono. Igualmente, en la misma dirección se haya la alarma mundial que condujo a las naciones a la suscripción y ratificación del Protocolo de Kyoto que, con la notable excepción de Estados Unidos, obliga a los países a tomar medidas específicas que resuelvan el problema del calentamiento global.

En otras palabras, los impactos indiscriminados sobre la biósfera no tienen posibilidades de acuerdo con las pautas actuales de explotación, recuperación e inclusive, los recursos normalmente catalogados como renovables tampoco alcanzan, en no pocos casos, a recuperar sus capacidades para permitir los ciclos vitales que aseguren su supervivencia y por tanto, simplemente desaparecen. Esto para decirlo con brevedad, pero son sabidas las consecuencias del uso de sustancias utilizadas en la minería, la agricultura, ganadería y pesca cuyos efectos residuales han sido devastadores para el medio en sus mas variadas expresiones. Estos planteamientos no son más que facetas, completamente esquemáticas, de un punto de vista que cuestiona muchos de los

enfoques del análisis económico estándar y por tanto plantean la necesidad de modificarlo.

Uno de los problemas a resolver en el análisis económico es que los estudiosos deben vincular el proceso económico con las limitaciones del medio material. Por ello cada vez que se producen ‘mayores y mejores’ satisfactores de cualquier índole debe tomarse en consideración que, igualmente se generan ‘mayores y mejores’ desechos. Esta realidad elemental no puede ser soslayada y debe quedar claro que todos los procesos económicos tienen el signo de la naturaleza entrópica. Si no se toman en cuenta estas premisas no se comprende que, a fin de cuentas, lo que aparece, más pronto que tarde, es el deterioro ambiental, la desaparición de especies vegetales y animales el deterioro y extinción de los recursos naturales y otros males similares que se encuentran a la vista.

Uno de los niveles analíticos de la disciplina económica concierne a la revisión más general del comportamiento del proceso productivo. O sea, se trata de la vertiente que se identifica analíticamente como la *Macroeconomía*. A partir del desarrollo de la visión económica, se planteó la necesidad de comprender como es posible estudiar las líneas de fuerza fundamentales para entender cuales son los factores que influyen en la forma y montos de generación de bienes y servicios entendidas sus magnitudes en forma global, esto sólo como ejemplo, o también como se generan los ingresos que permiten a los productores la adquisición de las materias primas, la construcción de las instalaciones, la adquisición de las herramientas, la maquinaria y la tecnología o el pago de los salarios.

Se intenta presentar un cuadro en el cual se expresan los elementos y factores mas generales que permiten visualizar el abigarrado mundo de la producción, pero entendido esto no como un fenómeno particular, sino de conjunto. Esto sin mencionar que a este nivel analítico no puede dejar de mencionarse al Gobierno y el Estado, entendidos como entes públicos de representación política y social del conjunto y por tanto responsables de todas las políticas públicas: salud, educación, vías de comunicación y transporte, etc. En el plano económico mas estricto se plantea la necesidad de entender los mecanismos mediante los cuales los poderes públicos se allegan de los recursos para el desempeño de sus funciones, como los distribuyen y esto toca a las políticas monetarias y fiscales. A este ámbito de estudio, de una amplitud y complejidad formidables, se las identifica como renglones macroeconómicos.. Aunque una descripción tan somera como la realizada sólo sea un pálido reflejo de la realidad, si es posible imaginar la magnitud e importancia analítica de la cuestión.

Lo habitual en cualquier curso introductorio de análisis económico o de teoría económica es iniciarlo con la revisión del llamado “flujo circular de la macroeconomía” o de la producción en el cual se presenta la forma en que los productores se allegan de las materias primas o factores productivos, contratan y pagan a los trabajadores, organizan la planta y del otro lado el proceso productivo suministra a los consumidores las mercancías en forma de bienes de consumo final. Todo es posible por tratarse de una sociedad de intercambio en la cual la división del trabajo y los distintos papeles que se juegan en ella se pueden llevarse a cabo por referirse a una economía monetaria en la cual la circulación dineraria es el lubricante que hace factible las distintas remuneraciones indispensables para que todo esto se lleve a cabo. Son muy conocidas

las críticas que se pueden enderezar al razonamiento de este esquema, pero es necesario ser omisos en ello para poder centrar la atención en dos que interesan ahora para dar entrada a un replanteamiento de carácter metodológico.

La primera observación se debe formular a partir de interrogarnos acerca de dudas que es necesario no pasar por alto. El esquema parece “autosustentable” o sea, no permite plantear de donde y como el circuito macroeconómico obtiene el conjunto de elementos materiales que hacen posible la realización del proceso. Por ello, es necesario, tratándose de un análisis económico, saber y valorar el origen de las materias primas y demás elementos materiales. Visto de otro modo, los economistas están obligados a plantearse la finitud de los recursos productivos, a considerar que cualquier acto económico y de hecho, cualquier acción humana afecta en mayor o menor medida al medio natural en que se desenvuelve. Por ello el esquema es equívoco en tanto no considera este punto.

El segundo elemento, aunque se encuentra vinculado al anterior, es necesario revisarlo en específico: se trata de la cuestión de la energía. Es necesario no olvidar que el proceso productivo no se da en el vacío, como una mera expresión abstracta y no atada a la existencia de los recursos, a su disponibilidad, finitud y agotamiento. tampoco se puede omitir el hecho de que el perfil, las características de todo proceso productivo depende, sobre todo, del patrón energético de la sociedad de que se trate. A mayor abundamiento, esto es cierto si recordamos que esta época se sustenta en el consumo de combustibles fósiles como el petróleo, el carbón y el gas. El tercer elemento y último, por ahora. Se refiere a que cualquier proceso de producción y consumo genera en mayor o menor medida residuos o deshechos. Ninguno de estos tres elementos debiera de ser pasado por alto.

Las tres observaciones precedentes no pueden ser ignoradas por ningún estudioso de la Economía. En los últimos tiempos se ha venido agudizando la conciencia social sobre la degradación que se ha producido en el medio ambiente y el desgaste y agotamiento de los recursos como resultado de su explotación incontrolada. La degradación y aniquilamiento de multitud de *hábitats* con la consiguiente desaparición de especies vegetales y animales da cuenta de este problema y los economistas no pueden desentenderse de ellos.

Por último en esta parte, tampoco se puede olvidar que todo acto humano, pero por ahora interesa recalcar una parte de las conductas económicas, produce formas de detritos que tampoco pueden ser echadas de lado sin mayor ceremonia. Todo esto nos lleva a una consideración: el proceso económico no es de carácter mecánico, repetitivo como nos lo plantea el diagrama del flujo circular de la macroeconomía sino de carácter entrópico: toda acción económica y toda disposición energética siempre acarrear un proceso entrópico lo que significan desgaste, disminución o agotamiento.